LA CHICA DE SERVICIO

2

POSÉEME

PATRICIA GELLER

esencia

La chica de servicio, 2. Poséeme

Patricia Geller

Esencia/Planeta

© Patricia Geller, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© diseño e imagen de la cubierta: más!gráfica
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: octubre de 2014
ISBN: 978-84-08-13237-0
Depósito legal: B. 17.132-2014
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Llena de miedos

La humedad del frío de octubre me despierta tras una pequeña siesta, me vuelvo y miro la hora en el móvil: ya son las siete de la tarde... Estoy inquieta, hoy es un día en el que no sé qué esperar por lo extraño que se presenta.

Aún me parece mentira que el tiempo esté acosándome de esta forma, cada segundo que pasa me siento más nerviosa; acojonada es la palabra. En las últimas dos semanas he perdido tres kilos, algo que no es habitual en mí, pero apenas pruebo bocado por el agobio y el estrés de las idas y venidas. Como hoy, al volver a Málaga...

Los incesantes preparativos. Las familias preocupadas por mi inestabilidad, que hoy confío saber controlar.

Aprovechando la soledad de que gozo, me quito la ropa y me doy una duchita caliente, relajándome a medida que el agua va resbalando por mi cuerpo y me froto con gel de coco.

Por el momento estoy sola y, olvidándome de lo que está a punto de empezar, me impregno del aislamiento que tanto anhelo.

«Gisele, todo saldrá bien», me digo una vez más, un día más.

Cuando ya he concluido el delicioso baño, me envuelvo en la toalla y toco el vestido que descansa en la silla de la habitación, en la casa que Scott conserva en San Pedro de Alcántara. La ropa me la ha escogido Noa, que está muy puesta en moda desde su noviazgo con Eric.

Es hora de salir, de deleitarme durante mis últimas horas de soltería. Y, sin querer, se me escapa una carcajada descontrolada que brota desde lo más profundo de mi ser: la histeria es mi nueva amiga.

¡A por ello!

Me visto y, al acabar, compruebo el resultado. Repaso mi imagen en el espejo y por enésima vez no me reconozco. Noa me ha ayudado a peinarme para la ocasión... y me da apuro explicarle que éste no es mi estilo. Rizos en el cabello, vestido azul corto a juego con los zapatos de tacón, escote palabra de honor y chaqueta blanca. Me río al imaginar la cara de Matt; si me ve, sé que se morirá. Voy provocativa y sensual, no en exceso, pero conociéndolo, sí para él.

—Gis, soy Noa otra vez, ¿puedo pasar?

—¿Lo preguntas? Anda, entra.

Mi amiga se cuela con una sonrisa espléndida en los labios; últimamente se la ve muy tranquila. Con Eric va superando baches y su rostro lo refleja, junto con la alegría por su futura maternidad. Su cuerpo va cambiando poco a poco.

—Estás preciosa, el vestido te queda perfecto. —Se sienta a mi lado y me coge las manos entre las suyas—. Tienes que descansar, Gis. El no dormir te está pasando factura.

—Las pesadillas son continuas... me agobio.

—No debes estar tan preocupada, todo saldrá bien —me anima al verme temerosa—. Ya lo verás... ¿Qué piensas, por qué estás tan perdida?

—Estoy asustada, no sé si me estoy precipitando. Me da pánico que nos salga mal. Si pierdo a Matt... —Hago una pausa, de nuevo el nudo en la garganta que me deja sin aire—. Sabes que lo amo, pero siento que aún es pronto para este paso que estamos a punto de dar.

—Quizá no lleváis mucho tiempo, cierto... Pero apenas hace dos semanas que has aceptado, ¿te arrepientes?

Busco las palabras adecuadas para no transmitir dudas o que mis palabras sean malinterpretadas. El proceso se ha acelerado mucho más de lo que yo creía en un principio y ahora estoy tan insegura...

—Noa, el 20 de julio Matt me pidió que fuera su mujer. Después de lo sucedido con mi familia, le supliqué más tiempo. Necesitaba ver que estábamos bien, que él iba aprendiendo a controlarse y que yo estaba preparada para una boda, ya sabes que las aborrezco. —Mi amiga asiente y yo me río ante mi encrucijada—. Hace poco más de dos semanas, se lanzó de nuevo y yo tenía dudas, dado su comportamiento, pero aun así... ¡le dije que sí y enseguida va a haber boda!

—Entiendo, esperabas tener más tiempo para los preparativos, ¿no?

—Vamos a la carrera y no sé...

Noa suspira tiernamente y, con ese gesto dulce que suelen tener las embarazadas, me aprieta las manos.

—Él te ama y lo ha demostrado con su actitud, aunque esté desesperado. Tú sabes que opino que debes arriesgarte, más que nada por las presiones a las que habéis estado sometidos últimamente... Deseo que estéis en vuestra casa, sin permitir que nadie diga una sola palabra al respecto. —Noa sabe despejar mis temores, al menos momentáneamente, dadas las circunstancias—. Has calmado a tu padre y entre vosotros las cosas van muy bien.

—No te preocupes, estoy tonta, lo sé. —Intento relajarme, basta ya de idioteces, ¿no?—. En estos tres meses, Matt me ha demostrado mucho, sí... Estoy sorprendida, su carácter no es fácil.

—Venga, deja ya de pensar y termina de maquillarte —me

alienta Noa dándome unas palmadas en la rodilla—. Te espero fuera, que en nada nos vamos.

—Vale...

No puedo seguir permitiendo que mis miedos me impidan disfrutar de los días que estoy viviendo. ¿Por qué este terror si Matt y yo estamos más unidos y somos más cómplices que nunca?

Hoy, 27 de octubre, estoy a punto de salir hacia mi despedida de soltera... Sí, y dentro de dos días, el 29 a las doce de la mañana, Matt y yo seremos marido y mujer.

Recuerdo con claridad su insistencia hace apenas unas semanas, su nerviosismo, mi diversión al verlo, y vuelvo a emocionarme. El 10 de octubre me invitó a cenar, a una cena tranquila, sin secretos, y me ofreció el anillo, haciendo que me diese un vuelco el corazón.

—Nena, me pediste cambios y creo que los estoy haciendo —empezó a decir con cautela, de rodillas, a mi lado. Yo tenía la vista nublada, ¿se podía ser más insistente?—. En estos tres meses he soportado no vivir contigo, permitiendo los reproches telefónicos de Michael y... no puedo más. Te quiero en mi casa, en mi día a día y a todas horas.

«Oh.»

—Campbell —me burlé, pasándole las manos por el pelo—. ¿Adónde quieres llegar?

—Cásate conmigo —imploró con la voz rota. Sacó el anillo de su estuche y, sin dejar de mirarme a los ojos, esperó mi respuesta—. ¿Quieres ser mi esposa, Gisele Stone?

No quería llorar, pero era tan hermoso...

—Sí, Matt... Claro que quiero.

Lo vi emocionado, al borde de las lágrimas, e, impaciente, deslizó el anillo en el dedo anular de mi mano izquierda. Seguida-

mente, me abrazó y besó con la inquietud que lo dominaba en los últimos meses.

—Dos semanas —susurró entre beso y beso, riendo como a mí me encanta—, ni una más.

—¿Dos? —repetí acelerada, sujetándolo de la camisa. Me iba a dar algo—. ¿Cómo vamos a organizarlo en tan poco tiempo? Quizá debamos darnos tres meses, todo será...

—Déjame a mí —dijo, cubriendo mi rostro de delicados besos—. Tendrás la boda que te mereces.

Y ha cumplido su palabra. Para mi sorpresa, le pidió a su familia que lo fueran organizando todo desde Málaga y que se desplazasen a Madrid unos días para prestarme su ayuda con el vestido, que ha diseñado Karen, la madre de Matt.

No me han agobiado nada y se han encargado a distancia de lo necesario, llamándome para informarme. Cuando el vestido estuvo listo, fueron a Madrid para que me lo probase. Del peinado se encarga Roxanne, mi futura cuñada. Su relación con Matt es ahora más fluida, y conmigo se muestra bastante cordial.

Desde que le pedí a Matt una tregua en julio, no sé cómo lo ha hecho, pero está más controlado y duerme mejor. No se lo ve tan cansado y suele desaparecer a veces diciendo que lo necesita para su tranquilidad. Y lo cierto es que su trasformación se está produciendo.

Dominar sus extraños impulsos veo que sigue siendo para él una lucha, pero sus cambios de humor son menos bruscos... y apenas los tiene. Está diferente y más tranquilo, aunque celoso y posesivo por igual... Suspirando, me planto frente al espejo. Dentro de una hora he quedado con mi madre, Emma, Noa, Karen y Roxanne... ¡fiesta!

Me maquillo en tonos claros y suaves recordando el reportaje en el que posé para Diego. Disfruté mucho al hacerlo, me sentí cómoda desde el principio y, aunque Matt no dejó de mostrarse pesado en cada detalle, poco a poco se va amoldando a mi estilo de vida e incluso me acompaña en los proyectos...

Tanto me complace, que en el viaje a Nueva York, antes incluso de su petición de matrimonio, decidimos cambiar radicalmente de planes.

Yacíamos en la cama, tras las intensas horas del reportaje. Matt, atento y cariñoso después de que yo lo hubiese perdonado tras la disputa con mi familia... a la que, por supuesto, tuve que aclarar la situación: Matt había prometido ser menos impulsivo y, de cumplirlo, en poco tiempo sería su mujer.

Mi padre volvió esa misma mañana a Lugo hecho una furia, arrastrando a mi madre con él y, aunque me dolió, no me derrumbé. Matt tuvo su castigo y mi padre el suyo por su enfrentamiento sin sentido. No podía seguir disponiendo de mi vida como le placiera y arremetiendo contra Matt... recurriendo además a Álvaro, mi exnovio.

Mi hermano Scott, también estaba más pacífico y me apoyaba, aunque con dudas y consejos, ya que Matt cada día le gusta menos.

—Matt, he estado pensando mucho una cosa —le dije mientras estábamos en la cama—. Me parece injusto llevarte conmigo a Lugo, cuando tus lugares de trabajo están en Madrid, Málaga y Nueva York. —Trazaba dibujos en mi espalda desnuda, estudiándome con atención—. Me quedaré contigo donde decidas, pero tengo condiciones...

—Dilas —contestó secamente.

—Scott se viene conmigo y viviré con él hasta que demos el paso. —Cerró los ojos y se aferró a mí con más fuerza—. Será poco tiempo, ya verás. Scott quiere progresar y no seguir trabajando de chófer. Ha estudiado Administración de Empresas, haría cursos extra si fuera necesario, y he pensado que podrías hacerle un hueco contigo, ya que no encuentra nada... Que pudiese aprender el trabajo a tu lado sería perfecto.

Matt seguía mudo.

—Abre los ojos y dime algo.

—Te alejas de mí, ¿qué quieres que te diga? —respondió enfadado. Notaba la tensión en su cuerpo, cómo se controlaba—. Estoy acostumbrado a pasar las noches contigo, me has pedido tiempo para pensar, ¿y ahora me prohíbes vivir a tu lado?

—Te doy tiempo a ti también, Matt. Para que pienses y aprendas a controlar eso de dar puñetazos cuando las cosas no salen como tú quieres. Me lo has prometido y yo estoy a tu lado para apoyarte... —Le di un beso, recordando su desesperación en la cena de dos días atrás—. Quiero que lo nuestro funcione y para ello tiene que haber pautas, aunque estemos un poco más de tiempo separados. Podría mandar solicitudes a las universidades de Madrid, no me importaría estudiar allí. De esta forma ambos podríamos conseguir nuestros objetivos. Y no tendríamos por qué irnos de España.

Me miró con una sonrisa deslumbrante, que hizo desaparecer de inmediato de su rostro cualquier signo de malestar anterior ante mis proposiciones.

—Lo habías pensado, ¿verdad?

Jugueteaba con nuestros pies desnudos entrelazados y afirmó:

—Sí, pero no quiero presionarte. Si prefieres Lugo, allí iremos. Recuerda que buscamos tu bienestar y tu felicidad. En cuanto a la distancia, déjame convencerte.

Sonreí y me senté a horcajadas sobre él. Minutos antes, había terminado nuestra primera ronda. Era una locura lo que despertaba en mí, en ese momento pese al cansancio.

—Golosa, señorita Stone...

—Es usted un dulce muy tentador, señor Campbell —repliqué coqueta—. Miremos lo de las universidades. No me importa, de veras. Sé que a estas alturas es difícil encontrar un hueco, pero podemos intentarlo... Aunque la casa de Lugo...

Matt me observaba pensativo, acariciándome la cintura.

—La dejaremos, no hay problemas —susurró incorporándose y besándome los labios, el cuello. Me sacudí al sentirlo duro de nuevo y tan grande, Dios—. Déjalo en mis manos, yo me encargo de la matrícula. Tal vez tengamos suerte y haya alguna plaza libre, no te preocupes.

—¿Y respecto a los planes de Scott?

—Ahora no.

Asentí ansiosa, acariciándole los hombros, dejándome llevar por sus carantoñas y caricias, más efusivas al saber que a la vuelta nos veríamos a diario, pero con más espacio.

Pensar en la casa de Lugo me daba nostalgia; un lugar donde no habíamos vivido y teníamos que dejar, pese a gustarme tanto la que me mostró en el catálogo.

Un mes más tarde, Matt, Scott y yo nos trasladamos a Madrid y empezamos una nueva aventura. Matt insistiendo en que fuese a vivir con él y Scott cediendo poco a poco. Con rencor mutuo por parte de los dos... pero Matt decidió incorporarlo a su empresa, dándome gusto una vez más.

—Lo hago por ti, Gisele, no lo olvides —me dijo—. Estará en el departamento de Administración. Pero te recuerdo que pides demasiado y que ya no soporto más estar tantas noches sin dormir contigo.

El 20 de octubre llegaron mis padres, tras haberles comunicado tan sólo dos días atrás que Matt y yo nos casábamos.

—¿Tan rápido? —preguntaron.

Lo mismo me decía yo. Pero dejando a un lado el enfrentamiento de mi padre con Matt, por fin las familias pudieron conocerse. Quedamos para cenar en un restaurante caro y refinado de Madrid y todo fue bastante bien, aunque al principio la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—¿Ves? Esto es lo único que yo necesitaba —me dijo Michael, mi padre—, que te diese tu lugar, como corresponde, y no venir a enseñarme y engañarme con un anillo para una boda a largo plazo. Porque y mientras, ¿qué? Tu reputación de boca en boca —añadió, poniendo nerviosos a los padres de Matt.

Lo miré con recelo por su postura tan egoísta. Aunque Matt le había dado un puñetazo, con los días entendí que quizá él se lo había buscado, al desafiarlo y mentirle sobre Álvaro.

—Sigo enfadado con Matty —prosiguió mi padre—, aunque por fin parece que se va encarrilando y, por lo que puedo ver, está más tranquilo. Sólo quiero advertirle...

—Papá, déjalo ya —lo interrumpí—. Quiero pasar una velada tranquila. No os veo desde julio y... en fin, no volvamos sobre situaciones pasadas. No más presión.

Con semblante serio, Matt entrelazó sus dedos con los míos y yo le sonreí. Estaba tan guapo, con esos ojos verdes suyos, casi transparentes.

—Tú quieres boda y Matt quiere boda —seguí diciéndole a mi padre—, no entiendo a qué viene tanto drama. Finalmente hemos llegado a un acuerdo, ¿no es así?

Pero entonces, Matt llamó mi atención con preocupación, inquieto. ¿Cuál era el problema? Estaba harta de las batallas de palabras entre mi padre y él, un verdadero fastidio.

—¿Y tú, Gisele? ¿No la quieres tú? —me dijo. Su pregunta me desconcertó—. Hablas de lo que tu padre o yo deseamos. Has aceptado mi petición de matrimonio, ¿no estás segura?

Todos me miraron. ¡Menuda pregunta!

—Claro que sí —respondí sin apenas voz, jugando con la comida—. Era una manera de hablar. Por supuesto que quiero casarme contigo, de lo contrario no lo haría y no me importaría nada lo que dijera nadie... Ni siquiera mi padre.

Karen y William, mis futuros suegros, sonrieron con orgullo. Mi amiga Noa, que estaba también invitada como novia de Eric, el hermano de Matt, me guiñó un ojo y mamá chocó los cinco conmigo, ya que ella, después de nuestras conversaciones telefónicas, había ido cogiéndole cariño a Matt: toma ya...

Scott y Roxanne estaban raros. No sé si tras pasar mucho tiempo juntos, habían terminado odiándose... No se miraban ni se hablaban, pese a estar sentados el uno al lado del otro.

La cena terminó en brindis... Papá y Matt por lo menos se hablaban.

Esta misma mañana hemos llegado Matt, mi familia y yo a Málaga, donde ambos decidimos que se celebrara la boda. Y, aunque tengo que perder dos días de universidad, ¡el motivo lo merece! Cuando acabo de maquillarme, vestida y preparada, cojo el bolso y, cuando estoy a punto de salir, suena mi iPhone... obsequio de Matt. ¡Es él! Hoy casi no nos hemos visto y no estamos acostumbrados.

—¡Hola! —respondo emocionada—. ¿Cómo está lo más bonito de mi mundo?

—Pareces animada... La despedida de soltera, ¿no?

Uy, ya está celoso.

—¡Claro! Cuéntame, cómo estás tú.

—Te echo de menos, Gisele. Quiero verte.

—Yo también. —Estúpidas normas de su madre y la mía—. Mañana será un día largo y debemos tener paciencia. Karen y mi madre dicen que le dará más expectación al momento si nos encontramos en el altar... ¿Por qué no complacerlas, con lo ilusionadas que están?

—Lo llevo fatal, no puedo más.

—Yo hoy peor... —admito—. Pero ya no queda nada.

—Sabes que no haré caso de insensateces como ésta. Mañana a primera hora voy a verte —me advierte—. Hoy apenas hemos coincidido una maldita hora y esta noche te vas de fiesta... sin mí...

Resoplo. Me exaspera y me enloquece. ¡Qué hombre!

—Yo también estoy cansada del viaje. Por otro lado, Campbell, te recuerdo que sólo seremos mujeres.

—Por supuesto. Dime, ¿estarás muy lejos del centro de Málaga?

Es mi detective particular.

—Iremos a Marbella, al Bono's Beach. Tu madre y la mía lo han propuesto y no he podido negarme.

—Se están pasando de la raya. Ten cuidado y no llegues tarde. —Oigo su suspiro apesadumbrado—. ¿Qué llevas puesto?

«Oh, no.»

—Ejem... un pantalón —miento para no torturarlo—. Tú disfruta de la noche, de tu penúltima noche como soltero. ¿Contento?

—Bien, muy bien lo de que lleves pantalón. Dime, ¿a qué hora te veré mañana?

—Matt, ¿otra vez?

—Gisele, me importa muy poco si nos han puesto normas.

Cuando nos encontremos ante el altar, será igual de especial si te veo mañana como si no. Esto sólo conseguirá frustrarme y no es lo que quiero en estos días, estoy muy ilusionado. Dime a qué hora.

Su respuesta me da que pensar. Hace unos días que he percibido cierto cambio de humor en él. Quizá la boda o los nervios de ver tan cerca el día, no lo sé, pero me inquieta lo irritable que parece.

—Matt, ¿todo bien?

—Gisele —responde—, ¿esquivas mi pregunta?

¿Y él la mía? ¿Nos estamos obsesionando en la recta final?

—Mañana te aviso. Eres un cabezota.

—Un cabezota que te ama, lo sabes. —Se me eriza el vello al oírlo. No me acostumbro a ese amor tan posesivo y a veces ilógico que siente. Evita ser romántico, ¿creerá que no lo es?—. Ya no puedo más y no duermo teniéndote tan cerca y a la vez tan lejos, Gisele. Me he acostumbrado a ti por las noches, a tu calor, y la espera se me hace interminable.

Otro detalle que me descoloca. Dormía bien y ahora me acaba de decir que vuelve a estar inquieto por las noches...

—Tenemos toda una vida para estar juntos, Matt.

—Lo sé...

—¿Lo sabes? —repito, confusa por su tono de voz—. Matt, cuéntame qué pasa.

Entre los dos se hace un breve silencio, en que lo oigo titubear y respirar, hasta que por fin dice:

—Aún no ha llegado el día, podrías arrepentirte.

Mierda. ¿Otra vez con eso?

—No, Matt, no volvamos atrás. —Trago con dificultad—. Todo va demasiado deprisa, tu madre y la mía han organizado la boda con mucha ilusión... pero a lo grande, algo que me pone histérica. Esto es lo único que me desagrada del asunto.

—Te he notado inquieta desde la noche en que me dijiste que sí.

—También tú lo estás.

—Por motivos muy diferentes a los tuyos —me replica alterado—. Yo estoy nervioso porque ya quiero sentirte mía, en mi casa y en mi día a día... A ti, en cambio, te dan pánico las bodas, mejor dicho, tu boda. —Acierta en el centro de la diana, pero no lo preocuparé sin motivo, el paso está dado—. Gisele, háblame.

—No voy a huir, si es lo que te atormenta. Jamás haría algo así... Tengo que colgar, ya es hora de irme. Te amo.

Su mutismo me indica que está descontento con mi respuesta, un tipo de reacción nueva tras yo aceptar su anillo. Un anillo que no puedo quitarme del dedo o, según él, sería una forma de romper el compromiso.

—¿Matt?

—Yo más... Cuídate esta noche y no te olvides de mí.

—¿Cómo hacerlo?

—Te quiero, te veré pronto.

Dejando a un lado el estrés al que estamos sometidos, me reúno con las demás, que me esperan impacientes. Dos horas más tarde, las copitas que hemos tomado le están haciendo efecto incluso a Karen, que salta y baila en medio de la pista. Noa, aunque animada, es la única que no bebe por su embarazo.

—Ya voy.

Le hago señas y me pido otra copa, mientras apago el móvil, pues Matt insiste en ponerse en contacto conmigo. Más de cinco llamadas perdidas en la última media hora, para luego llamar a su madre y molestarla con preguntas que no son apropiadas para la fiesta de la que gozamos.

—Buenas noches —dice a mi lado un hombre rubio y de

ojos azules, con la mirada fija en mí—. Espero que no le moleste que me tome una copa cerca de usted.

Niego con la cabeza, despreocupada, bebiendo de mi copa.

—Me llamo Andy Gonzales —se presenta él y, sin saber por qué, me provoca recelo e incomodidad—. ¿Y usted se llama?

—Gisele Stone... Es un placer Andy —murmuro sin ganas. Percibo cómo intensifica su inspección—. Lo siento, pero tengo prisa, estoy en mi despedida de soltera y mi grupo me espera...

—La prometida de Campbell, lo sé. —Arqueo una ceja con gesto inquisitivo, pero él me aparta la mirada—. Todo el mundo está enterado de la boda y te conocemos a través de él. Campbell se deshace en halagos cuando habla de ti.

Oh, mi romántico que rechaza serlo.

—¿Os conocéis?

—Él me conoce. Sabe quién soy, sí. —Sonríe alzando su copa—. Por que tengáis un matrimonio feliz.

—Gracias...

Yo no lo acompaño en su brindis, pero pregunto:

—¿Desde cuándo os conocéis?

Me descoloca cuando fija su mirada nuevamente en mí. Su expresión es extraña y el interés con que me observa me inspira desconfianza. ¿De qué conocerá a Matt?

—Hace algún tiempo —contesta—. Me hace muy feliz que se quiera casar. La verdad es que sí.

Asiento, mordiéndome el labio mientras desapruebo su actitud enigmática, que se va transformando con cada frase suya.

—Gracias y hasta pronto, Andy.

—Sí. Hasta pronto.

Restándole importancia, me uno a las chicas y veo que Roxanne no se ha perdido detalle de mi conversación con el desconoci-

do. No puedo creerlo, ¿es tan posesiva como Matt? ¡Qué tontos los hermanos Campbell!

—¿Qué sucede, Karen?

—Cielo, Matt ha vuelto a llamar. Pero no te preocupes, le he dicho que estás bien y me da la sensación de que se ha quedado más tranquilo. —Todas parecen divertidas con la situación. ¡Menuda gracia!—. Estás muy seria, ¿va todo bien?

—Sí, muy bien, pero dile a mi madre que deje de reírse. No encuentro dónde está la gracia de tanta llamada... En fin, voy al baño; enseguida vuelvo.

—Espera, Gis, voy contigo —dice mi amiga Emma, que camina tambaleándose—. Todo me da vueltas, ¡qué bien lo estoy pasando!

Joder, hemos estado a punto de caernos.

—Te has pasado con la bebida —la regaño—, estáis todas fatal.

—Me voy a refrescar.

—Venga, entra.

Entro con ella en los servicios y a los pocos segundos la oigo vomitar en uno de los retretes. ¡ Dios! Menos mal que, al ser jueves, el lugar está desierto.

—Qué pálida estás —me digo en voz alta, mirándome en el espejo—. Vamos a dar color a estas mejillas.

Abro mi bolso y rebusco en él, pero un sensual susurro en mi oído me sobresalta y me baja la tensión de golpe:

—Me ha mentido, señorita Stone, no lleva pantalones.

¡Matt! Oh, joder y joder. ¿Qué es esto?

—Mírame —pide y, poniéndome de cara a él, me levanta el mentón—. Explícame por qué lo has hecho.

Subo la mirada por su cuerpo antes de llegar a sus ojos. Está tan guapo con traje negro, el cabello engominado y los ojos oscurecidos. Tan enfadado que impone y a la vez atrae.